

Vicente Echerri Raros testigos



Fulgencio Pimentel *LP^o43*

Vicente Echerri

RAROS TESTIGOS

(GALERÍA *de* RETRATOS)

FULGENCIO PIMENTEL

La principal

Prefacio

La identidad no es más que memoria. Somos la suma de nuestros recuerdos, los cuales van definiéndonos y concretándonos el carácter. Esos recuerdos se componen del escenario en que ha tenido lugar nuestra vida y de los actores que han intervenido en ella, de las personas que han dejado su huella en nosotros y, acaso sin proponérselo o deliberadamente, han orientado nuestra visión del mundo. Los primeros en aparecer son nuestros referentes capitales, individuos de suprema importancia en la forja de nuestra personalidad: padres, familiares cercanos, maestros, amigos de la infancia. Les debemos casi todo cuanto somos.

Habrán otros que aparecerán más tarde, cuando ya tenemos —o creemos tener— una trayectoria, un rumbo. Nos los regala el azar, si no creemos en la predestinación, y llegan a nuestra vida para complementarla o enriquecerla, para imprimirle fuerza y darle lustre. Son nuestros auténticos compañeros de viaje, en trato con los cuales, breve o duradero, aprendemos y maduramos, como seguramente ellos también maduran y aprenden gracias a ese humano intercambio con nosotros.

En mi vida, que ya va siendo larga, he conocido a muchos individuos que han desempeñado para mí ese papel de alumbradores y lustradores, con quienes el diálogo ha servido para depurar mis propias ideas, mi cosmovisión, o para reformarlas y reorientarlas. Han sido tantos que sólo mencionarlos daría lugar a una lista tediosa.

En las páginas que siguen he querido hacer los retratos de apenas siete de ellos que tienen en común el haberme deslumbrado con las peripecias de sus curiosas biografías, cuyas confesiones y relatos me enriquecieron sin que ellos llegaran a advertirlo. Cada uno, en su propia esfera, en algunos casos modesta y oscura, fue excepcional. Todos fueron mis compatriotas, todos tuvieron que ausentarse para siempre de Cuba, nuestro suelo natal, todos murieron en el exilio. Un sentimiento de deber y regocijo me mueve a compartir sus vidas en este texto para entusiasmo del lector.

V. E.

En Logroño, abril de 2023

ALBERTO GUIGOU
Y
LA NOVELA DE SU VIDA

A los 89 años, el 1 de febrero de 2003, murió Alberto Guigou en Nueva York. Salvo por dos o tres piadosas columnas de opinión de algunos de sus amigos, el fallecimiento de este escritor cubano no tuvo ningún eco, ni siquiera en la prensa periódica en español que registra minuciosamente la peripecia y el tránsito de nuestros exiliados. Para alguien que había hecho durante muchos años profesión de nihilista, que decía no creer en ninguna trascendencia o inmortalidad, esta «desaparición» era tal vez la manera más adecuada de abandonar el escenario; si bien, por falta de un testamento legal, no fue posible cumplir su última voluntad: aspiraba a que sus cenizas las echaran al retrete y fueran a perderse en el inmenso albañal de la ciudad.

Conocí a Guigou en 1981, a poco de haber llegado yo a Nueva York y por el mismo tiempo en que apareció su novela *Días ácratas*, que él publicaba a los 21 años de su exilio. Aunque su narrativa era un tanto plana y teatral, es decir, con predominio del diálogo, sin las elipsis típicas de la novela contemporánea y, afortunadamente, sin los

meandros barrocos de muchos de nuestros escritores, lograba asomar al lector a un ámbito muy peculiar: las pasiones en que convergían la violencia revolucionaria y el homoerotismo. Era el esfuerzo consciente de sustraer la experiencia homosexual a los estereotipos tradicionales perpetuados en la estampa del *marica*, con todos sus ridículos tipicismos, para situarla como un suceder que se daba, no exento de prejuicios, en la experiencia de hombres muy viriles que, además, eran el brazo armado de una revolución. El título de la novela, sin embargo, no parecía justificarse en esa trama, salvo desde la mirada distante de alguien que hace mucho ha perdido la fe en los cambios políticos, porque esos jóvenes revolucionarios no eran ácratas, sino comunistas.

Guigou había encontrado en la militancia del Partido Comunista un cauce a sus primeros entusiasmos políticos. Nunca le pregunté como se inició en esa «fe», pero, en medio de la agitación que vivió el mundo entre las dos guerras mundiales, un adolescente con sensibilidad, anhelos de justicia social y resentimiento frente al desdén de una burguesía filistea podía ver en el bolchevismo algo parecido a la realización de un sueño. El ingrediente de un hogar roto —en que la ausencia del padre impuso drásticas y desacostumbradas restricciones económicas— también debió de haber contribuido.

El radicalismo no le vino a Guigou por su casa. El padre era un hombre más bien conservador que trabajó para el servicio exterior de Cuba en las primeras décadas

de la república. Los Guigou eran provenzales pasados por Canarias. (Conocí a otras personas de apellidos franceses, descendientes de familias que se había asentado en España por una o dos generaciones, cuyos padres también fueron cónsules de Cuba en esos años. Uno es el caso de Pablo Le Riverend, que nació en Montevideo cuando su padre era el representante de Cuba en esa ciudad; otro, el de Mario Abelend, que pasó parte de su infancia en Lisboa por la misma época en que su padre era el cónsul cubano). El padre de Guigou fue cónsul en Tenerife y, si recuerdo bien, en Barcelona y en Génova, en cortas estadas que lo hicieron mudarse, con su familia, de un sitio a otro, sin contar frecuentes viajes de placer por distintas ciudades europeas. Eso sucede en el tiempo que sigue inmediatamente a la Primera Guerra Mundial, cuando Guigou, que ha nacido en 1913, es un niño de cinco o seis años. Casi al final de *Días ácratas*, Kin, el protagonista, perseguido y menesteroso, a punto de irse a vivir a un burdel de hombres, recuerda una mañana en Venecia en que, vestido de marinero, anda de paseo con sus padres. El apunte, como algunos otros de la novela, es estrictamente autobiográfico.

A principio de los veinte, cuando gobierna en Cuba Alfredo Zayas, Guigou está de regreso en La Habana, donde termina su niñez y comienza su adolescencia; de esa época es su primer encuentro «personal» con la literatura. El escritor colombiano José María Vargas Vila ha venido a someterse a una cura de descanso por

la tisis que padece, y el congresista José Manuel Cortina lo instala en su finca La Luisa, donde también se ha ido a vivir la joven Mercedes Guigou, hermana de Alberto y amante de Cortina. Este es el inicio de una amistad entre el niño y el novelista que habría de durar hasta la muerte de este, y también de una vocación, aplazada y torpedeada muchas veces, que se iba a concretar en una obra escrita más de medio siglo después: la acción política se interpondría en el camino del quehacer literario. Cuando comienza la lucha contra el régimen de Gerardo Machado, ya Guigou es un joven cuadro del Partido Comunista que se ha leído con pasión los textos del canon marxista y que cree que la revolución del proletariado ha de inaugurar un nuevo orden mundial.

Al acentuar el Gobierno de Machado sus rasgos dictatoriales, que recrudecen las acciones de la oposición —y estas, a su vez, la sangrienta represión oficial—, Guigou encuentra prudente ausentarse del país y se marcha a Barcelona, donde reside ahora Vargas Vila y donde está por instaurarse la Segunda República. El popular novelista ya empieza a extinguirse y AG se muda con él y le sirve como una especie de secretario y de factótum. Vargas Vila, que, de alguna manera, se convirtió para él en una figura paterna, era «de la raza» —la manera que tenía Guigou de identificar a los homosexuales— y compartía con el muchacho sus saberes, mundanos y librescos, en medio de la vasta biblioteca donde se iba terminando su vida. Nunca medió entre ellos otra cosa

que una buena amistad, pero el cubano le debía el gusto por varios escritores —Mann, Hesse, Rolland, Proust, que abordaban un erotismo ambiguo— y, tal vez, el bacilo de la tuberculosis que le diagnosticarían poco tiempo después. A ese muchacho inquieto Vargas Vila lo apodaría «potrillo», como para subrayar una rebeldía y una vehemencia que no había encontrado aún su camino y se complacía en lanzar coces. Él recordaba siempre esos años con regocijo y gratitud, pero también como una etapa de turbación y búsqueda. En Barcelona enseñaría de noche economía política (marxista, por supuesto) a obreros y estudiantes, y allí también se casaría por primera vez, para enviudar casi enseguida. Su mujer, una chica de casa rica con ideas liberales, que además iba a tener un hijo suyo, se mató en un accidente mientras conducía un auto a excesiva velocidad.

Poco antes de la caída de Machado, Guigou regresa a Cuba, donde cree que su militancia revolucionaria será más útil. Sin embargo, su entusiasmo se ve contrariado por las directrices de su propio partido. Unos días antes del derrocamiento del régimen, los comunistas deciden pactar con él y movilizan a sus cuadros para abortar la huelga general convocada por todas las fuerzas de la oposición. Machado les ha ofrecido a los rojos el control del movimiento obrero, así como libertad de prensa y de reunión. Rubén Martínez Villena, el mismo que ha llamado a Machado «asno con garras», aprueba el pacto desde su cama de moribundo. La movida está respaldada

por una impecable lógica estalinista: el Partido cree que Machado le ofrece lo que la derecha mañana en el poder (entiéndase el ABC¹) nunca le va a conceder. Los comunistas hacen un esfuerzo sincero por liquidar la huelga, pero fracasan: el Gobierno se derrumba estrepitosamente el 12 de agosto de 1933, y ese derrocamiento afecta bastante el prestigio de los comunistas. Muchos militantes abandonan las filas del Partido en los meses que siguen. Alberto Guigou es uno de ellos.

A los 20 años, el joven Guigou es ya un desencantado, un fugitivo de la esperanza que se repone, lentamente, de la tuberculosis pulmonar. Esa es la época en que lee por primera vez a Schopenhauer y a Nietzsche, lecturas que vienen a robustecer su escepticismo o su nihilismo. (Mucho tiempo después, en la dedicatoria que me escribe en un ejemplar de *Días ácratas*, dice que ha vuelto a la lectura de Schopenhauer y cita lo que bien podría haber sido su divisa o la de los protagonistas de su novela: «En todo el curso de nuestra vida no poseemos más que el presente y nada fuera de él»). Es también la época en que lee a Spengler, a Ortega, a Santayana, y en que sigue leyendo, o relejendo, a Hesse, Mann y Proust. Otra lectura de este tiempo que, contrariamente, le sirve para sustentar su incredulidad, es la *Imitación de Cristo* de Tomás de Kempis, un libro que lo acompañará

¹ Organización revolucionaria de filiación conservadora que encabezó la revolución contra el régimen de Gerardo Machado. Estaba constituida por células secretas que seguían, jerárquicamente, el orden alfabético.

hasta el final y que no dudo en afirmar que ayudó a perfilar la sencillez, en algunos aspectos casi ascética, de sus hábitos.

En la Cuba de mediados de los años treinta, Guigou estrena su desencanto político al tiempo que empieza a extender los horizontes de su vida erótica. Juzgándose retrospectivamente, él creía que su atracción hacia los individuos de su mismo sexo debió haberlo acompañado siempre y se atrevía a reconocer algunos índices de esta tendencia hasta en la propia infancia; pero lo cierto es que desconoció esa experiencia hasta pasados los 20 años, cuando se convirtió en lo que él mismo definiría como un «ambisexual», término que, hasta donde sé, acuñó él y que me parece más exacto que «bisexual», que sugiere más bien un caso de hermafroditismo.

El estreno de esa ambisexualidad tiene por escenario la casa de citas que Roberto —o Roberta— «la Fea» administra en un sórdido entresuelo de un edificio de La Habana Vieja que Guigou intentó reproducir en su novela inédita *Burdeles*. El personaje de la Fea, que nos ha presentado al final de *Días ácratas* como «la Rara», ya ha sido objeto de algunos cotilleos literarios y paraliterarios, porque ese cuarto, dividido por una cortina, detrás de la cual se practicaban los ritos catamitas, era frecuentado por varios próceres de la literatura cubana: Emilio Ballagas, José Lezama Lima, Virgilio Piñera, entre otros. Guigou contaba que Ballagas lo cortejaba por ese tiempo con discreción y sin mayores esperanzas por suponerlo

un heterosexual irredimible, amante que era entonces de una pianista bastante conocida. Sin embargo, ya él había comenzado a frecuentar el burdel de la Fea, de quien se había hecho muy amigo y quien le procuraba jovencitos gratuitamente —ya que atravesaba por un momento de gran estrechez económica—, favores que él le retribuía a aquel bondadoso proxeneta con una sincera amistad y pruebas ocasionales de su omnívora sexualidad.

El proxeneta tenía un asistente, importado del campo cubano, que también fungía de amante y a quien todos los clientes de «la pensión» respetaban. La excepción de esta regla fue Ballagas, que, en una ocasión, abordó al mozo en la calle, lo invitó a un café y, una vez que el otro aceptó, le hizo una proposición que el muchacho rehusó escandalizado. Enterada la matrona, decidió castigar Ballagas de una manera oblicua y, una de las veces en que este llegó de visita, corrió la cortina para que viera a Guigou, que yacía desnudo del otro lado a la espera de uno de los muchachos que allí le proveían. Ballagas se sintió muy turbado y, ofendido por el ostensible acto de crueldad, se vengaría tiempo después en uno de sus poemas más notables. En «Declara qué cosa es amor», publicado en *Cuadernos americanos* en 1943, el poeta arremete contra el burdel donde lo han humillado con toda suerte de improperios: *«Porque el amor / [...] no es el vaho asqueroso en la mirilla; / torvo celestinaje de entresuelo / donde oficia una larva destruida. / Llanto de velón triste que en su propia lascivia se consume / llanto de grifo roto*

[...] / *Porque el amor no es un resuello impuro / detrás de una cortina envenenada. / Torpe moneda, alacrán labio; / bruja y raposa a un tiempo*».

El entresuelo de la Fea no era el único burdel de hombres de esa Habana de los años treinta y cuarenta. En su novela inédita, Guigou se proponía recrear la existencia de por lo menos otros dos sitios que se dedicaban al comercio sexual de varones. Uno de ellos, de mayores pretensiones y espacio, se encontraba sobre la avenida del Puerto y se especializaba en marineros para los que había una vasta clientela de hombres y hasta algunas mujeres, y a los que el regente del burdel atraía de manera bastante peculiar e ingeniosa: se había provisto de un extenso repertorio de música folclórica y tradicional de diversos países y, tan pronto se enteraba de que llegaba al puerto un barco griego o sueco, chileno o australiano, hacía sonar incesantemente en su victrola la música del país en cuestión, que, lógicamente, ejercía en los marineros una atracción irresistible. Y había otra casa, mucho más seria, discreta y distinguida, que sólo servía a empresarios, profesionales ricos y políticos de gustos «desviados». Su dueño era un señor untuoso de apellido Reina a quien, como es de suponer, lo apodaban «la Reina». En casa de la Reina los muchachos se mostraban desnudos delante de un supuesto espejo que, del otro lado, era un vidrio que permitía al cliente elegir sin ser visto. Era un sitio caro donde se podía cenar bien y tomar champaña, y que también servía chicos a domicilio.